



ESCENAS DE LA VIDA COTIDIANA

CONVERSACION

Cenaron en silencio. Veinte años de matrimonio son capaces de agotar todos los temas posibles de conversación. Se levantaron en silencio de la mesa. Ella se dedicó a recoger cubiertos y desperdicios. Él se acostó en la cama matrimonial y se sumergió en la lectura de revistas y periódicos. Media hora más tarde, fue ella la que se tumbaba en el lecho. «¿Quieres apagar la luz, querido?». Dobló el periódico, se quitó las gafas y apagó la luz. Antes de darle las «buenas noches», se le ocurrió preguntar: «¿Esas muñecas hinchables que venden en Norteamérica, serán de tamaño natural?». Ella no pudo responderle porque ya estaba dormida.

RECURSO TECNICO

El accidente pudo haber sido mortal. Afortunadamente, gracias a los auxilios de la ciencia, salvó la vida. Cuando le comunicaron, al recobrar el conocimiento, que había sido necesario amputarle una pierna, unas lágrimas surcaron su rostro. Su cuerpo permaneció inmóvil, entre vendajes y cabestrillos. Más tarde, recibió la visita de su mujer que entre sollozos y suspiros, tuvo valor suficiente para darle ánimos. "No te preocupes querido... Podrás conducir tu coche otra vez. Compraremos uno nuevo, adecuado para ti, con embrague de mano... Estás contento, ¿verdad?". El enfermo asintió, afirmativamente.

INCIDENTE

M. se dirigía con el coche y toda la familia en su interior hacia el campo, dejando tras sí la gran ciudad, con sus ruidos, olores y colapsos en la circulación. De repente, un coche, le surgió de una calle lateral sin detenerse, ni señalar nada. Un brusco frenazo salvó la situación, pero rabioso comenzó a tocar histéricamente el claxon. El autor del lance, un hombre corpulento y barbudo, detuvo unos metros más adelante su coche, impidiendo el paso del que protestaba y arrimándose altaneramente a la ventanilla del airado conductor, preguntó: «¿Le ocurre a usted algo?». M. calló y el hombre volvió a su coche, arrancando pausadamente. M. no fue feliz en el resto de la jornada.

NEMORINO



EL GRAN DELINCUENTE

Nadie, que yo sepa, ha hablado nunca del instinto sanguinario del automóvil, de su innata ferocidad. Espero que esta vez se me perdone el mal gusto de ser elocuente. Pero es que sólo en el mundo cruel de los insectos podríamos encontrar algo parecido. Porque he llegado a la conclusión de que el automóvil, dejado a su aire, mata sin necesidad. Y no de un golpe limpio como hace el lobo, sino con saña, destrozando los cuerpos sin orden ni concierto. El lobo mata para comer, ahorrando sufrimientos a sus viandas. Va directo a la yugular, con la precisión de un entendido. Pero quien haya presenciado alguna vez un accidente automovilístico sabe que el automóvil tritura los cuerpos, al margen de las reglas del

arte cisoria, los rompe, deja que se desangren, mientras él permanece allí, quieto y encogido, sin probar bocado. Así, por tanto, el automóvil no mata para comer, sino movido por un oscuro instinto cuaternario. Lo suyo es una gula seca, inapetente. El lobo, cuando mata, come, y cuando come, se retira a dormir la siesta. Pero el automóvil, cuya naturaleza es sádica, mata y no se va. Permanece en el lugar del crimen, regocijándose en su obra nefasta. Y luego dicen que el lobo es feroz, y que el automóvil es el signo de la sociedad de consumo. El lobo, por lo menos, consume a sus víctimas. El automóvil es un asesino, un destripador. Ha llegado la hora de su desenmascaramiento. ■ LICANTROPO.

